



Domingo Faustino Sarmiento

Contestación a un quídam
(Mercurio del 19 de mayo de 1842)

En idioma genízaro y mestizo diciendo a cada voz yo te bautizo con el agua del Tajo,
aunque alguno del Sena se la trajo; y rabie Garcilaso enhorabuena, que si él hablaba
lengua castellana yo hablo la lengua que me da la gana.

IRIARTE.

Yo conocí en Madrid una condesa que aprendió a estornudar a la francesa.

ISLA.

Aceptamos con costas y perjuicios el cargo que con la aplicación de estos versos nos hace el autor de un comunicado que suscripto Un quídam y bajo el epígrafe Ejercicios populares insertamos en nuestro número del 12. No nos proponemos demostrar que dicha aplicación es inexacta, ni menos que nosotros vamos por el buen camino cuando hemos querido mostrarnos tan licenciosamente populares en materia de lenguaje. En estas cuestiones, como en muchas otras, apelamos a nuestras propias deducciones sacadas de ciertos hechos establecidos, o que pugnan por establecerse, y sin una doctrina o una teoría aprendida en las aulas y recibida como un artículo de fe, sobre

cuya evidencia no nos es dado alimentar ningún género de duda, examinamos los hechos que nos rodean; y de su conjunto, de su unidad y de su tendencia sostenida, deducimos a posteriori la teoría que les da existencia. Sabemos muy bien que la licencia de nuestras ideas en la materia de que hemos tratado en el artículo que precedió a los Ejercicios populares y que tantos comunicados ha improvisado, va a suscitar, con nuestras nuevas explicaciones, mayores y más altos clamores de parte de los rigoristas que, apegados a las formas del lenguaje, se curan muy poco de las ideas, los accidentes y vicisitudes que lo modifican. Pero nuestro ánimo es sólo explicar la causa sin justificar los efectos; decimos por qué sucede tal cosa, sin entrometemos a averiguar si esta cosa es buena o mala. Así, cuando se habla de extranjerismos, cuya introducción en el castellano atribuye nuestro quídam a los que, iniciados en idiomas extranjeros y sin el conocimiento y estudio de los admirables modelos de nuestra rica literatura, se lanzan a escribir según la versión que más han leído, obrada por estos medios, no inculcamos sobre la degradación del idioma, sino que acusamos las causas que la motivan, y que la justifican acaso.

Hemos escogido por tema de nuestras observaciones las amargas burlas de Iriarte e Isla, no tan sólo por lo que pueden convenirnos, sino porque ellas revelan un hecho que nos servirá de punto de partida. Iriarte e Isla nacieron muy a principios del siglo XVIII, por manera que la invasión del galicismo sobre la unidad del castellano se ha hecho notar de ciento cincuenta años a esta parte. ¿Por qué no se quejaban entonces Iriarte e Isla, y por qué no se quejan ahora como entonces los gramáticos de los tartarismos o los indianismos que se introducen en el idioma? Sin duda porque no está amenazado de estas invasiones lejanas. Y luego, si el gálico trata de degradar el español, ¿es por ventura a causa de la vecindad de la España con la Francia? No por cierto, porque en Chile se deja hoy sentir esta maléfica influencia, según la nota el quídam, y ya hay un pueblo en América cuyo lenguaje va degenerando en un español-gálico; de donde se colige que hay una causa general que hace sentir sus efectos dondequiera que se habla la lengua castellana, en la Península como en las repúblicas de América. Y cuando se nos replica que allá como aquí es causada esta revolución por los que, iniciados en los idiomas extranjeros y sin el conocimiento y estudio de los admirables modelos de nuestra rica literatura, se lanzan a escribir según la versión que más han leído, preguntamos ¿por qué los tales estudian con preferencia los idiomas extranjeros? ¿Qué buscan en ellos que no hallen en el suyo propio? ¿Se quejan los franceses o ingleses de los españolismos que se introducen en sus idiomas respectivos? ¿Por qué los españoles, que no son puramente gramáticos, no estudian los admitables modelos de su rica literatura, y van a estudiar las literaturas extranjeras, y luego se lanzan a escribir según la versión que más han leído? ¡Oh! ¡Según la versión que más han leído! He aquí la solución del problema, solución que nuestro quídam sin profundizar, sin comprender siquiera, nos arroja con desdén y creyendo avergonzarnos con ella. Eso es, pues escriben según la versión que más leen, y no es su culpa si la antigua pureza del castellano se ve empañada desde que él ha consentido en dejar de ser el intérprete de las ideas de que viven hoy los mismos pueblos españoles. Cuando queremos adquirir conocimientos sobre la literatura estudiamos a Blair el inglés, o a Villemain el francés, o a Schlegel el alemán; cuando queremos comprender la historia, vamos a consultar a Vico el italiano, a Herder el alemán, a Guizot el galo, a Thiers el francés; si queremos escuchar la lira de Byron o de Lamartine o de Hugo, o de cualesquiera otro extranjero; si vamos al teatro, allí nos aguarda el mismo Víctor Hugo y Dumas y Delavigne y Scribe y hasta Ducange; y en política y en legislación y en ciencias y en todo, sin excluir un solo ramo que tenga relación con el pensamiento, tenemos que ir a mendigar a las puertas del extranjero las luces que nos niega nuestro propio idioma. Parecía que

en religión, en historia y costumbres nacionales, hubiésemos de contentarnos con lo que la católica España nos diese de su propio caudal; pero desgraciadamente no es así. Los españoles de hoy traducen los escritos extranjeros que hablan de su propio país, y nunca tuvieron en religión un Bossuet, ni un Chateaubriand, ni un Lamennais. ¿Con qué motivo de interés real y de aplicación práctica a nuestras necesidades actuales, se quiere que vayan a exhumarse esas antiguallas veneradas del padre Isla y Santa Teresa y Fray Luis de León y el de Granada, y todos esos modelos tan decantados que se proponen a la juventud? ¿Para adquirir las formas? ¿Y quién suministra el fondo de las ideas, la materia primera en que han de ensayarse?

Un idioma es la expresión de las ideas de un pueblo, y cuando un pueblo no vive de su propio pensamiento, cuando tiene que importar de ajenas fuentes el agua que ha de saciar su sed, entonces está condenado a recibirla con el limo y las arenas que arrastra en su curso; y mal han de intentar los de gusto delicado poner coladeras al torrente: que pasarán las aguas y se llevarán en pos de sí estas telarañas fabricadas por un espíritu nacional mezquino y de alcance limitado. Esta es la posición del idioma español, que ha dejado de ser maestro para tomar el humilde puesto de aprendiz, y en España como en América se ve forzado a sufrir la influencia de los idiomas extranjeros que lo instruyen y lo aleccionan.

Y no se crea que no sabemos apreciar sus bellezas ni su capacidad; apuntamos solamente un hecho en sus efectos y en su origen; señalamos lo que los puristas en el estrecho círculo en que se han encerrado no alcanzan a comprender, y si presienten la pretendida degradación del idioma, les apuntamos la enormidad de la causa para que no estén en vano dando coces contra el aguijón. Los gritos de unos cuantos (porque unos cuantos serán siempre los que se dediquen a tan estériles estudios) no bastarán a detener el carro que tiran mil caballos. Y no hablamos en esto de memoria, como suele decirse. Vamos a producir nuestras pruebas. Hemos tomado a la ventura el catálogo de una de nuestras librerías, y de cerca de quinientas obras en castellano, sólo cincuenta son originales, y entre ellas ocupan un largo espacio obras como éstas: Avisos de Santa Teresa, Camino real de la Cruz, Despertador eucarístico, etc., etc.

En el Instituto Nacional, exceptuando muy pocos casos, todos los libros de que se hace uso para la enseñanza elemental son de origen extranjero, y en el prólogo de una de las gramáticas formadas entre nosotros, hallamos estas instructivas palabras: «En la analogía me he valido de las gramáticas de Ordinaire, de Lefranc y la que se titula el Arte explicado; en sintaxis, el nuevo método de Port-Royal, el curso de lengua latina por Lemarc y la gramática de Lefranc, etc.».

Por manera que los que han renunciado a su propio pensamiento para repetir las tradiciones de sus pedagogos, en lugar de enseñar nuestros admirables modelos, debían ocuparse, con más aprovechamiento de sus discípulos, de enseñar el arte de importar ideas y los medios de expresarlas, porque ésta es la ocupación primordial del castellano. La España aún no está libre hoy de esa cadena que ha pesado sobre su cuello durante tantos siglos; privada por la Inquisición y el despotismo de participar del movimiento de ideas que con el Renacimiento había principiado en todos los otros pueblos; dominada entonces por ese mismo odio a todo lo que era libre y repugnaba con su unidad católica y su reconcentración despótica que muestran los celosos partidarios de la imposible incolumidad de la lengua, quedose sola en Europa y renunció a su poder marítimo, terrestre, literario y científico; y cuando la mano de la libertad ha venido a despertarla en nuestros tiempos, como despertó a sus colonias, halló a la madre y a las hijas en la miseria y en la ignorancia, sin tradiciones, sin arte y sin ideas. Desde entonces madre e hijas van a buscar al extranjero las luces que han de ilustrarlas; y con cortas diferencias van a la par pidiendo cada una de su propia cuenta, porque las necesidades son casi

iguales. De aquí nace que la España y sus colonias se alarman con los extranjerismos que deponen en su idioma las ideas que de todas partes importan. Trabájase en España como en Chile en la adquisición de las luces que poseen los extraños, y en España como en Chile se levantan clamores insensatos contra un mal inevitable. El pensamiento está fuertemente atado al idioma en que se vierte, y rarísimos son los hábiles disectores que saben separar el hueso sin que consigo lleve tal cual resto de la parte fibrosa que lo envolvía. Cuando el pensamiento español se levante, cuando el tardío renacimiento de nuestra literatura se haya consumado, cuando la lengua española produzca, como la alemana o la francesa, 4.000 obras originales al año, entonces desafiará a las otras extrañas que vengan a degradarla y a injertarle sus modismos y sus vocablos.

Sin tratar de mirar en menos los esfuerzos que el naciente ingenio español hace hoy por elevarse y desplegar sus alas, no nos arredraremos de decir que la influencia del pensamiento de la península será del todo nula entre nosotros; y que teniendo allí que alimentarse y tomar sus formas del extranjero, no se nos podrá exigir cuerdamente que recibamos aquí la mercadería después de haber pagado sus derechos de tránsito por las cabezas de los escritores españoles. En el comercio de las letras, como en el de los artefactos, tenemos comercio libre, y, como españoles, importaremos de primera mano, naciendo de esta libertad misma, y de otras concausas que en artículo separado señalaremos, que, por más que rabie Garcilaso, bastará en América que los escritores, siguiendo el consejo de Boileau, aprendan a pensar antes de escribir, para que se lancen a escribir según la versión que más hayan leído, y que así como en tiempo de Moratín se empezaba a conceder sentido común a los que no sabían latín, se conceda hoy criterio y luces a los que no han saludado, porque no lo han creído necesario, a Lope de Vega, ni a Garcilaso, ni a los frailes de León y de Granada.

IV

Segunda contestación a un quídam

(Mercurio del 22 de mayo de 1842)

Supongo un pueblo aristócrata en el cual se cultivan las letras; los trabajos de la inteligencia, como los negocios del gobierno, serán dirigidos por una clase soberana. La vida literaria y la existencia política permanece casi enteramente concretada en esta clase, o en las que se le acercan.

TOCQUEVILLE.

En las lenguas como en la política es indispensable que haya un cuerpo de sabios, que así dicte las leyes convenientes a sus necesidades (las del pueblo) como las del habla en que hay que expresarlas; y no sería menos ridículo confiar al pueblo la decisión de sus leyes que autorizarle en la formación del idioma.

UN QUÍDAM.

Al contraponer estos dos fragmentos nos hemos quedado largo rato con la pluma en la mano recapacitando si es cierto que lo último se ha escrito en una república donde el dogma de la soberanía del pueblo es la base de todas las instituciones y de donde emanan las leyes y el gobierno. No parece sino que un noble, inscripto en el libro de oro de Venecia, dijese en el consejo de los Diez: «Es ridículo confiar al pueblo la decisión de las leyes. No podemos, no queremos autorizarle en la formación del lenguaje». ¡Qué

es esto, por Dios! ¿Dónde está esa autoridad que no consiente en autorizar al pueblo en la formación del lenguaje? ¿Quién es ése que tan ridículo halla confiar al pueblo la decisión de las leyes? He ahí, pues, los resultados; emplead toda vuestra vida en examinar si tal palabra está usada con propiedad, si tal otra es anticuada, si tal modismo es vulgar, si la academia lo ha reprobado, si es extranjero, o si lo usó Argensola o Juan de los Palotes, y en seguida subíos a la cátedra a decir..., ¿qué?... No importa, con tal que lo que se diga esté arreglado a los admirables modelos de la lengua. Ocupaos de las formas y no de las ideas, y así tendréis algún día literatura, así comprenderéis la sociedad en que vivimos y las formas de gobierno que hemos adoptado.

Creemos, sin embargo, que la palabra pueblo, tomada en un sentido aristocráticamente falso, ha contribuido al extravío de ideas que notamos. Si hay un cuerpo político que haga las leyes, no es porque sea ridículo confiar al pueblo la decisión de las leyes, como lo practicaban las ciudades antiguas, sino porque representando al pueblo y salido de su seno, se entiende que expresa su voluntad y su querer en las leyes que promulga. Decimos lo mismo con respecto a la lengua: si hay en España una academia que reúna en un diccionario las palabras que el uso general del pueblo ya tiene sancionadas, no es porque ella autorice su uso, ni forme el lenguaje con sus decisiones, sino porque recoge como en un armario las palabras cuyo uso está autorizado unánimemente por el pueblo mismo y por los poetas. Cuando los idiomas, romances y prosistas en su infancia, llevaban el epíteto de vulgares con que el latín los oprimía, se formaron esas academias que reunieron e incorporaron la lengua nacional en un vocabulario que ha ido creciendo según que se extendía el círculo de ideas que representaban. En Inglaterra nunca ha habido academia, y no obstante ser el inglés el idioma más cosmopolita y más sin conciencia para arrebatarse palabras a todos los idiomas, no ha habido allí tal babel ni tal babilonia como el quídam y Hermosilla se lo temen. En Francia hay una ilustrada academia de la lengua; pero a más de que se ocupa de asuntos más serios que recopilar palabras, su diccionario no hace fe, y muchos hay, escritos y publicados sin su anuencia, que son más abundantes de frases y de modismos, y que por tanto son más populares. Otro tanto sucederá en España cuando sea más barata la impresión de libros, y aun ahora empieza a suceder.

Cuando hemos señalado la influencia que la literatura francesa ejerce sobre nuestras ideas, y por consecuencia en nuestra manera de expresarlas, hemos creído indicar las causas que perturban el lenguaje, y la noble disculpa que hallarán a los ojos de la cultura intelectual, ya que la gramática se muestra tan terca, los que embebecidos en los idiomas extraños de que sacan abundante nutrimento, andan perezosos en consultar a los escritores originales que no pueden ofrecerles sino formas heladas y estériles. Quisiéramos que nuestro antagonista, ahorrándonos cuestiones que no lo son en realidad, examinase los elementos que constituyen nuestra propia lengua, para que se convenza de que los pueblos en masa, y no las academias, forman los idiomas. Encontraría entonces impresos en el nuestro las huellas de todos los pueblos que han habitado, colonizado o subyugado la península. El idioma de un pueblo es el más completo monumento histórico de sus diversas épocas y de las ideas que lo han alimentado; y a cada faz de su civilización, a cada período de su existencia, reviste nuevas formas, toma nuevos giros y se impregna de diverso espíritu. Cuando Roma conoció la civilización griega, el latín abrió sus puertas a las palabras que le traían nuevas ideas; a su turno la civilización latina, apoyada en las legiones romanas, encarnó su idioma en los pueblos conquistados; el francés recibió de la emigración griega de Constantinopla un fuerte sacudimiento; y el inglés ha continuado, después de haberse impregnado de voces hebreas, latinas y griegas en sus estudios de la Biblia, al regreso de cada buque importando una palabra más para su diccionario.

Pero una influencia más poderosa, porque es más popular, empieza a sentirse en todos los idiomas modernos, y que el castellano en América sufre también, en razón de la nueva organización que las sociedades modernas han recibido. Los idiomas vuelven hoy a su cuna, al pueblo, al vulgo, y después de haberse revestido por largo tiempo el traje bordado de las cortes, después de haberse amanerado y pulido para arengar a los reyes y a las corporaciones, se desnuda de estos atavíos para no chocar al vulgo a quien los escritores se dirigen, y ennoblecen sus modismos, sus frases y sus valientes y expresivas figuras. El panteísmo de todas las civilizaciones, de todas las literaturas que las investigaciones de los modernos construyen; la mezcla y la fusión de las ideas de todos los pueblos en una idea común, como la que empieza a prepararse; el contacto diario de todas las naciones que mantienen el comercio; la necesidad de estudiar varios idiomas; la incorrección y superficialidad de la prensa periódica y las diversas escuelas literarias; en fin, el advenimiento de tantos hombres nuevos, audaces y emprendedores, hacen vacilar todas las reglas establecidas, adulteran las formas primitivas y excepcionales de cada idioma, y forman un caos que no desembrollarán los gritos de los gramáticos todos, hasta que el tiempo y el progreso hayan sacado al arte como los idiomas de la crisis que hoy experimentan. En vano será decirle a Víctor Hugo que asesina el idioma, que aprenda a escribir. Inútil; seguirá adelante con paso firme arrastrando en pos de sí a la multitud encantada, hasta ir a sentarse, quieran que no, en las sillas académicas. ¿Qué hacer, Dios mío, con un Dumas que sólo sabe leer y escribir y se mete a componer dramas y se sienta tranquilo en una luneta, a esperar los aplausos que en efecto le prodiga el público más quisquilloso y más inteligente del mundo? ¿Qué hacer? Darle un asiento en la academia y dejarlo.

Un escritor francés que ha conquistado también una silla en esa academia de sabios, arrojando a la luz pública un libro que a su turno ha echado un torrente de luces sobre la condición de las sociedades modernas y de las antiguas, de las sociedades aristocráticas y de las democráticas, ha caracterizado admirablemente el tono de los escritos y de la literatura de ambas sociedades. Hablando de la primera dice: «El estilo en ellas parecerá tan importante como la idea, la forma como el fondo; su tono será correcto, moderado, sostenido. El espíritu marchará allí con un paso siempre noble, rara vez con un aire vivo; y los escritores se empeñarán más bien en perfeccionar que en producir». Hablando de la segunda: «Tomando en su conjunto, dice, la literatura de las sociedades democráticas, no podría, como en los tiempos de la aristocracia, presentar la imagen del orden, de la regularidad, de la ciencia y del arte, encontrándose por el contrario descuidada la forma y a veces despreciada. El estilo se mostrará, por lo general, extravagante, incorrecto, sobrecargado y flojo, y casi siempre atrevido y vehemente». Y bien, ¿a cuál de estas dos épocas quieren nuestros puristas pertenecer en la forma de sus escritos? ¿A la aristocrática, eh? Pero mal que les pese no lo han de catar; porque he aquí que nos presentamos nosotros y, arrojando al público una improvisación sin arte, sin reglas, hija sola de profundas convicciones, logramos llamar la atención de algunos, y sentándonos en la prensa periódica estamos diariamente degradando el idioma, introduciendo galicismos; pero al mismo tiempo ocupándonos de los intereses del público, dirigiéndole la palabra, aclarando sus cuestiones, excitándolo al progreso. Y cuando los inteligentes pregunten quién es el que así viola las reglas y se presenta tan sans façon ante un público ilustrado, le dirán que es un advenedizo, salido de la oscuridad de una provincia, un verdadero quídam, que no ha obtenido los honores del colegio ni ha saludado la gramática. Pero esto no vale nada. A cada uno según sus obras, ésta es la ley que rige en la república de las letras y la sociedad democrática. Y lo que sucede hoy sucederá mañana; porque la forma de nuestras instituciones hace necesarias estas aberraciones, y el estado de nuestra civilización actual no pide ni

consiente otra cosa. Cuando la prensa periódica, única literatura nacional, se haya desenvuelto, cuando cada provincia levante una prensa, y cada partido un periódico, entonces la babel ha de ser más completa, como lo es en todos los países democráticos. ¡Mire usted, en países como los americanos, sin literatura, sin ciencias, sin arte, sin cultura, aprendiendo recién los rudimentos del saber, y ya con pretensiones de formarse un estilo castizo y correcto que sólo puede ser la flor de una civilización desarrollada y completa! Y cuando las naciones civilizadas desatan todos sus andamios para construir otros nuevos, cuya forma no se les revela aún, ¡nosotros aquí, apegándonos a las formas viejas de un idioma exhumado ayer de entre los escombros del despotismo político y religioso, y volviendo recién a la vida de los pueblos modernos, a la libertad y al progreso! Y luego achacando a atraso «el de un pueblo americano en otro tiempo tan ilustre, en cuyos periódicos se va degenerando el castellano en un dialecto español-gálico»... Entendámonos. Si se habla de los periódicos que redacta el puñal del tirano, convenido, porque allí no hay un hombre ilustrado, un hombre de conciencia; si se habla de lo que escriben los que representan la civilización de aquel país, convenido también; pero hay que notar un hecho, y es que esos literatos, bastardos como se quiere, han escrito más versos, verdadera manifestación de la literatura, que lágrimas han derramado sobre la triste patria; y nosotros, con todas las consolaciones de la paz, con el profundo estudio de los admirables modelos, con la posesión de nuestro castizo idioma, no hemos sabido hacer uno solo, lo que es uno, que parecemos perláticos con ojos para ver, y juicio sano para criticar y para admirar con la boca abierta lo que hacen otros, y sin alientos ni capacidad de mover una mano para imitarlos. ¿A qué causa atribuir tamaño fenómeno? ¿Al clima que hiela las almas?... ¿A la atmósfera que sofoca y embota la imaginación?... ¡Bella solución, por cierto, que no sólo condena a la impotencia y a la esterilidad la generación presente, sino que insulta a las venideras, y pronuncia sobre ellas un fallo tan injusto como arbitrario! No, no es el clima, que es variado y risueño, y ha cobijado almas enérgicas y guerreros valientes. No es eso, es la perversidad de los estudios que se hacen, el influjo de los gramáticos, el respeto a los admirables modelos, el temor de infringir las reglas, lo que tiene agarrotada la imaginación de los chilenos, lo que hace desperdiciar bellas disposiciones y alientos generosos. No hay espontaneidad, hay una cárcel cuya puerta está guardada por el inflexible culteranismo, que da sin piedad de culatazos al infeliz que no se le presenta en toda forma. Pero cambiad de estudios, y en lugar de ocuparos de las formas, de la pureza de las palabras, o de lo redondeado de las frases, de lo que dijo Cervantes o fray Luis de León, adquirid ideas de dondequiera que vengan, nutrid vuestro espíritu con las manifestaciones del pensamiento de los grandes luminares de la época; y cuando sintáis que vuestro pensamiento a su vez se despierta, echad miradas observadoras sobre vuestra patria, sobre el pueblo, las costumbres, las instituciones, las necesidades actuales, y en seguida escribid con amor, con corazón, lo que se os alcance, lo que se os antoje, que eso será bueno en el fondo, aunque la forma sea incorrecta; será apasionado, aunque a veces sea inexacto; agradará al lector, aunque rabie Garcilaso; no se parecerá a lo de nadie; pero bueno o malo, será vuestro, nadie os lo disputará. Entonces habrá prosa, habrá poesía, habrá defectos, habrá bellezas. La crítica vendrá a su tiempo y los defectos desaparecerán. Por lo que a nosotros respecta, si la ley del ostracismo estuviese en uso en nuestra democracia, habríamos pedido en tiempo el destierro de un gran literato que vive entre nosotros, sin otro motivo que serlo demasiado y haber profundizado, más allá de lo que nuestra naciente civilización exige, los arcanos del idioma, y haber hecho gustar a nuestra juventud del estudio de las exterioridades del pensamiento y de las formas en que se desenvuelve en nuestra lengua, con menoscabo de las ideas y la verdadera ilustración. Se lo habríamos mandado a Sicilia, a Salva y a

Hermosilla que con todos sus estudios no es más que un retrógrado absolutista, y lo habríamos aplaudido cuando lo viésemos revolcarlo en su propia cancha; allá está en su puesto, aquí es un anacronismo perjudicial. Más bien que contestar a nuestro antagonista, hemos querido combatir doctrinas que están generalmente admitidas como inconcusas; y cuando se nos acusa de incorrectos y de gállicos, hemos, sin negarlo, sin paliarlo siquiera, mostrado la irresistible arma que nos causa esas heridas. Hemos querido en cuanto a formas manifestarnos como somos, ignorantes por principios, por convicciones, dejando las cuestiones de palabras, según decía Herder, para los que no están instruidos sino en palabra; y como el zapador que pone fuego a la mecha, aguardamos impasibles la explosión de la mina, sonriéndonos de antemano de la sorpresa o de la rabia del enemigo que en sus atrincheramientos se siente herido, sin saber de dónde ni por quién.

V

El comunicado del otro quídam

(Mercurio del 3 de junio de 1842)

Le patriotisme exclusif, qui n'est que l'égoïsme des peuples, n'a pas de moins fatales conséquences que l'égoïsme individuel.

DE LAMENNAIS.

Mucho tiempo había que el Mercurio no suscitaba una cuestión que interesase vivamente al lector y le hiciese seguir con ahínco las sucesivas publicaciones de la prensa: devorar el comunicado, improbar el artículo editorial, aplaudir una réplica victoriosa, festejar un golpe en regla, leer en corro, vivir, en fin, del pensamiento de la prensa, seguirlo en cada uno de sus desenvolvimientos y en cada una de sus fases. ¡Viva la polémica! Campo de batalla de la civilización en que así se baten las ideas como las preocupaciones, las doctrinas recibidas como el pensamiento o los desvaríos individuales.

El pueblo escucha, cree al principio lo que cada uno de los contendientes alega, la duda sobreviene, se establecen comparaciones, y el juicio propio aleccionado concede la victoria a quien o más razón lleva, o más profundas impresiones deja. Suelen los antagonistas en lugar de razones tirarse tierra a la cara, arañarse también, y no faltan ocasiones en que se hacen heridas profundas y duraderas. Falta de ejercicio..., maneras un poco francas, un tanto rudas si se quiere. Pero la continuación..., el hábito..., la cortesía..., la risa de los espectadores también, el criterio, en fin, todo contribuye a quitarle a esta lucha caballeresca lo que de áspero tiene en sus principios. Son las personalidades la arena y el limo que arrastran las aguas del torrente.

Nos hemos visto, pues, metidos y sin saber cómo en una alta y peliaguda cuestión de idioma, de gramática, de literatura y aun de sociabilidad; porque tal es el enlace y la trabazón de las ideas, que no es posible hablar de idioma sin saber quién lo habla o escribe, para qué, para quiénes, dónde, cómo y cuándo. Esto es lo que veremos al menos en el discurso de esta polémica. Pero ya que nos veíamos cogidos en la red, quisimos poner la cuestión en términos que removiese los ánimos, suscitase antipatías o aficiones, a fin de que todos los que se interesan en esta materia prestasen atento oído a lo que se iba a decir por ambas partes, y no sucediese lo que de ordinario con los trabajos de la prensa periódica, que pasan de día claro delante de nosotros como las aves nocturnas cruzan el cielo en el silencio de la noche, sin que nadie se fije en ellas. Y por cierto

merece ser considerada; se trata de saber qué estudios ha de desenvolver nuestro joven pensamiento, qué fuente debe alimentarlo y qué giro ha de tomar nuestro lenguaje; si a este respecto hay doctrinas sancionadas entre nosotros, si tienen el apoyo de grandes y justificados nombres y la sanción de pensadores de primer orden, si hay doctrinas rivales, si cuentan éstas con el apoyo de la filosofía y la sanción de los hechos. ¿Hay en esto una pretensión insensata y presuntuosa? Eso es al menos lo que dice cada siglo, cada forma de arte, cuando se les presentan sus sucesores a disputarles el predominio de la sociedad.

Voltaire llamaba bárbaro, borracho a Shakespeare, Boileau fanático a Milton; los académicos franceses no habían oído jamás nombrar a Hugo, aunque después su nombre literario llenaba el mundo. Un poco después la Academia ha recibido en su seno a este innovador ignorante, y el borracho Shakespeare y el fanático Milton han arrancado el cetro a los que con asco los rechazaban.

Grande fermentación ha causado nuestro artículo del 22 de mayo, y bueno fuera que no hubiéramos logrado nuestro intento cuando poníamos todos los medios de conseguirlo; pero la primera manifestación que de esta efervescencia ha salido a luz, suscrita por otro quídam, nos saca fuera de la cuestión literaria y nos lleva a otra social, a la que iremos de mil amores, porque lo creemos no sólo necesario, sino también útil y laudable.

Revela el otro quídam una profunda irritación de ánimo, una cólera reconcentrada que la risa sardónica y la punzante ironía y la amarga burla que afecta no alcanzan a encubrir. ¿Qué ha podido irritarlo tanto? ¿Qué? ¡La cuestión literaria! ¡Santo Dios! No merecía la pena de incomodarse por ella; mas hay una palabra que a nuestro juicio lo explica todo. El patriotismo exclusivo, es decir, el egoísmo de los pueblos de que habla Lamennais.

El autor del comunicado pregunta quién es el redactor que viene a enseñar doctrinas tan peregrinas, y nosotros vamos a contestarle. Es uno de los redactores del Mercurio; y no dé un paso adelante, porque le está vedado; es un redactor de un diario que ha abrazado un partido en una cuestión literaria, es el redactor de un diario que al hacerse cargo de esta tarea, no ha venido a la tierra como un ser descendido del planeta Saturno para hallar que la tierra es chica, que los hombres son como las hormigas de su planeta. No, el redactor del Mercurio ha revestido el saco que debe llevar el escritor público en los pueblos americanos llenos de vicios, de preocupaciones, de indolencia, educados para el despotismo, la inacción y el retroceso; y sin pretender ser llamado un oráculo, ha manifestado francamente sus opiniones, ha levantado su voz contra un abuso, contra una costumbre añeja y retrógrada; a la policía le ha dicho: nuestras calles son inmundas e intransitables, componedlas; a la municipalidad: no tenemos caminos, no tenemos teatros, no tenemos alumbrado, levantaos, cumplid con vuestros deberes; al gobierno le ha dicho: los carros ambulantes son una monstruosidad, remediadla; a la juventud: habéis estudiado, ocupaos de las ideas de nuestra época, servid a la patria con vuestras luces, ilustrad al público con vuestros escritos. Ha ridiculizado lo que era ridículo a todas luces, aplaudido todo lo que mostraba visos de merecerlo, ha manifestado sus opiniones en las cuestiones de política interna y externa, sin penetrar jamás en el santuario de la vida privada; ha deplorado la muerte de los buenos ciudadanos como Salas y como Pereira, y recordado siempre con veneración la memoria de los héroes de la independencia, cualesquiera que, por otra parte, hayan sido sus opiniones políticas y la afeción o desafección del gobierno para con ellos; ha hecho, en fin, lo que cualquiera otro hubiese hecho en su lugar, es decir, cumplir con los deberes que impone la redacción de un diario que debe ocuparse en todos y en cada uno de los intereses de la

sociedad, fomentar el bien, perseguir los abusos, ridiculizar las preocupaciones y las malas costumbres y expresar libremente sus opiniones.

Cuando este redactor del Mercurio ha visto una producción útil, la ha anunciado en el diario con encomio, sin permitirse observación alguna que revelase sus defectos; si una sociedad se ha formado, ha ponderado su utilidad; si un verso ha aparecido, lo ha elogiado y recomendado a los jóvenes para su imitación; y cualquiera que sea el juicio que de las cosas que hayan llamado su atención ha formado, cualquiera que fuese el asunto en que se haya ocupado, el redactor del Mercurio ha tenido particular empeño en sembrar aquí y allí doctrinas sanas de liberalismo, porque está convencido que los periódicos deben ser el vehículo por donde los principios de libertad descendan hasta el pueblo como el rocío de la mañana, para vivificarlo y animarlo al bien y al progreso. El redactor del Mercurio ha podido medir sus palabras no por la utilidad que para la regeneración social podían traer, sino por la tenacidad de las resistencias que suscitaría en el ánimo de algunos, y ha desdeñado este fácil camino que puede proporcionar mucha popularidad; ha tomado, por el contrario, el sendero que han trazado todos los hombres de corazón y de principios en los pueblos que, como los nuestros, marchan al cambio radical de costumbres y de ideas.

VI

Los redactores al otro quídam

(Mercurio del 5 de junio de 1842)

Un hermoso libro que ha producido nuestra imprenta circula felizmente con profusión en el país, libro que contiene útiles lecciones para los que saben entenderlo. Hablamos de los artículos de costumbres de don Mariano José de Larra, en los cuales está trazada en caracteres indelebles la marcha que deben seguir los que trabajen en la mejora de los países españoles, los que entienden que es preciso despejar el suelo para sembrar la semilla de la libertad. Su patriótico sistema, dictado por la primera necesidad de un pueblo que recién sale de las manos de un despotismo secular, ha sido seguido en España y en América. El otro quídam, que tan celoso se muestra del nombre chileno, gusta, sin embargo, de oír a Larra humillar a sus propios paisanos, halla muy justo y muy laudable que un español levante en el seno de la España su voz iracunda y eche en cara a su nación su atraso, se burle de sus costumbres, de su pobreza y de su ignorancia, y que con sus sales punzantes haga de su patria el objeto de lástima de todas las naciones. ¿Qué moral saca de su lectura? ¿Cree que Larra escribió en España sus inmortales artículos para darle a él asunto de risa? ¿Cree que los muchos que le han seguido y de cuyo lenguaje castizo se muestra tan prendado, han hallado por muy gustoso el martirizar a su nación, degradarla, arrastrarla por los suelos? ¡Insensatos! ¡Larra en tales manos no es más que un chusco impávido que escribe muy bien el castellano! Pero ese Larra, cuyas palabras parecen tan limadas y que por sólo eso es apreciado en algo, es un modelo que todos los escritores públicos, en América como en España, deben afanarse en imitar; es el campeón de la juventud que habla el idioma español hoy, que ama a su patria, la América o la España, no importa; que la hiere, que la sacude para que se irrite, se incorpore, se levante y marche en el ancho camino de progresos que le han abierto la civilización y la libertad de las otras naciones. Es el alma virgen de la democracia que levanta su voz contra la sociedad caduca y retrógrada en que ha nacido, que llena de energía y con el alma pura de un ángel, se irrita contra el vicio y las preocupaciones y la indolencia del pueblo, y que con la risa de la desesperación en los labios se burla de su pasado y de sus literatos, llueve sobre ellos

los dardos de su sátira, destilando sangre y veneno. Hallan muy hermoso en España aquel lenguaje, y cuando el escritor en América, que en cada sección de las suyas tiene mil llagas podridas que curar, cuando el Mercurio dice que no tenemos poesía, que no hemos escrito un solo verso, no por incapacidad, sino por la mala tendencia de los estudios, entonces se levanta el patriotismo del otro quídam echando espumarajos y diciendo a grandes voces: venga acá el redactor del Mercurio; ¿quién es su padre? ¿Dónde ha nacido? ¿En la capital o en las provincias? ¿De este lado o del otro de los Andes? ¿Tiene usted carta de nacionalidad para atreverse a decir que no hemos hecho versos? ¿Tiene usted patente para tener ojos y juicio y opiniones? ¿Cómo insulta a la nación diciendo lo que sucede, para que se remedie el mal o se averigüe su causa? ¡Pobrezas que harían avergonzar a cualquier hombre culto, patriota y verdadero amante de su país! ¡Miserias que la juventud ilustrada debe desechar con el asco que merecen! ¡Preocupaciones en que nos crió el régimen colonial odiando a todo lo que no era español y despótico y católico! Así nos educaron para sobrellevar sin murmurar el bloqueo continental en que estuvieron las costas americanas durante tres siglos, en que no oímos hablar de los extranjeros sino como de unos monstruos, herejes y condenados, y cuando la independencia abrió nuestro puerto al comercio, empezamos a buscar entre nosotros mismos dónde se alzaba un cerro de por medio, dónde se atravesaba un río, para decir: allí, del otro lado, están los extranjeros que hemos de aborrecer ahora; porque nos ha quedado un fondo de odio que no sabemos dónde ponerlo para que dé todos sus intereses. Así la España, por odio a los extranjeros, se quedó encerrada en su península; pobre después de haber sido rica; débil, despreciada, cuando había sido el terror de la Europa; ignorante, cuando su antigua literatura había ido a inspirar la de otras naciones; sin industria, después que sus fábricas sirvieron a todos de modelo; pero desnuda de ideas y de vestido, se envolvía en su roto manto y calentaba sus manos ateridas en las hogueras de la Inquisición, encendidas para abrasar en ellas las ideas que se desenvolvían en el extranjero; todo por huellas: ahora que ella ha abandonado ese camino, los americanos, divididos en pequeños grupos de españoles hostiles, se miran de reojo, no se tratan, no se comunican; si un grupo parece a manos del despotismo, los otros no lo saben, no le tienden una mano, no inquietan por qué padece tanto. ¿Para qué? Son extranjeros. Extranjeros que fueron hermanos para libertarse juntos; extranjeros que hablan un idioma, que tienen una religión, un origen, unas costumbres, un gobierno, un solo fin. ¡Extranjeros! ¡Así marchamos a la libertad, a la asociación americana, a la emancipación! ¡Qué piezas para constituir naciones que necesitan abrir sus brazos a los extranjeros de todo el mundo, cuanto y aún más a sus propios hermanos! La juventud va por el mismo camino y se llama, no obstante, liberal, progresista. ¡Dios nos ampare!

Es, pues, un sentimiento colonial el que, envuelto en el ropaje del patriotismo, ha hecho al otro quídam atufarse tanto con la lectura de nuestro último artículo sobre idioma. Es retrógrado preguntar de dónde viene el que suscribe y en dónde ha nacido, para saber si tiene razón; es impropio en un hombre civilizado, humano y liberal, insultar a una nación entera que combate por su libertad, como combatió por la independencia de muchos, porque se ha dicho de ella que tiene poesía; es desleal citar entre comillas, como nuestras, palabras suyas y que quiere hacer pasar al lado de las nuestras. Esto, en el lenguaje hablado, se llama calumnia. Es manifestarse muy ajeno de las cuestiones literarias de nuestra época el admirarse tanto de que haya quien sostenga doctrinas como las nuestras; es muy material entender que, al hablar del ostracismo, hemos querido realmente deshacernos de un gran literato, para quien personalmente no tenemos sino motivos de respeto y de gratitud; el ostracismo supone un mérito y virtudes tan encumbradas que amenazan sofocar la libertad de la república. Es malicioso

aplicar a éste lo que decimos de Herosilla, el retrógrado absolutista que ha escrito un infame libro que debía ser quemado, y no andar de modelo de lenguaje entre las manos de nuestra juventud; finalmente, es muy poco decoroso para quien sale lanza en ristre a defender una cuestión, no tener nada que decir en apoyo de ella, y después de enseñar una palabra, engarrotamiento, para mostrar que debía decirse dado garrote por agarrotado que dijimos, concluir con no sacar nada de ese fondo de luces que debemos suponer le hace menospreciar nuestras observaciones y desfigurarlas, sacándolas de sus quicios y medida; porque, al fin y al postre, ¿de qué se trata entre nosotros? De unas doctrinas absurdas en materia de idioma, ¿no es esto? ¿Por qué, pues, azuzar contra el que las sostiene el perro del patriotismo exclusivo, y hacer una guerra internacional de una simple querrela de literatura? ¿Y para esto escoger por campo de batalla su propia casa, donde todas las ventajas están de su parte? Hemos tocado una cuestión de idioma; hay pro y contra. La parte más racional, mejor cimentada, la hemos dejado a nuestros contrarios; nos hemos reservado la más escabrosa, la que cuenta con menos antecedentes, la más absurda. ¿Habrá partido más ventajoso? ¿Por qué irritarse tanto? Por lo que antes hemos dicho, por un sentimiento extraviado, por ver en el Mercurio no un periódico sino un hombre, y a éste suponerlo manchado con el baldón de extranjero.

Pero en vano son esos gritos impotentes. Chile no verá eso en aquél que penetrándose de los verdaderos intereses de la sociedad en que vive, contribuye con su grano de arena a la regeneración social, a la ilustración y al progreso. Día llegará, pues, en que el otro quídam y el redactor del Mercurio puedan presentar ante las aras de la patria sus títulos para aspirar a la consideración pública; nada hemos hecho que el verdadero patriotismo tenga derecho a desaprobarnos. Seremos, pues, en adelante el Mercurio y nada más que el Mercurio. A él y no a la persona del redactor deben dirigirse los ataques.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo